

De habla y de fábula

Verdades a medias

Isabel Rosado

¿Es la mentira un mal necesario para conseguir un fin deseable?, ¿hay palabras que son de naturaleza mentirosa?, ¿se puede considerar que el error es otra forma de mentir?, ¿y qué ocurre con la autocensura de los ciudadanos y de los trabajadores, acaso no es la otra cara del engaño y de la mentira?



Miguel Sang

Es indudable que hay quien es especialista en la mentira y que se vale de esta continuamente en la vida cotidiana, siendo la política espacio privilegiado para ella. Por eso conviene plantearse las siguientes cuestiones: ¿Es la mentira un mal necesario para conseguir un fin deseable?, ¿hay palabras que son de naturaleza mentirosa?, ¿se puede considerar que el error es otra forma de mentir?, ¿y qué ocurre con la autocensura de los ciudadanos y de los trabajadores, acaso no es la otra cara del engaño y de la mentira?

Ya Platón planteó la cuestión de la mentira útil en el ámbito político. De ahí que algunos consideren que puede resultar conveniente mentir y disimular ciertas informaciones, haciendo que la mentira se convierta en algo moralmente bueno. Tenemos que

tener en cuenta que cuando mentimos estamos ocultando una realidad y que en el discurso político esto se traduce en intentar hacer creer al receptor una representación ficticia. Siempre que hay una posibilidad de mentir en una conversación implica que se comunica algo que no se corresponde con unas circunstancias. Otro aspecto interesante es que cuando una figura pública emite un acto de habla es consciente de que sus palabras inciden en el oyente, por tanto tiene que proyectar una imagen de tranquilidad. Esta casuística puede hacer que el interlocutor recurra a la mentira para aminorar el efecto que pueda causar un determinado enunciado. Esto se traduciría en el hecho de que la mentira puede contribuir a que una persona se sienta bien frente a la dura realidad que la

rodea. La verdad es que es tarea complicada hacer creer que España está saliendo de la crisis o pretender que un banquero contagie su optimismo a los ciudadanos en un momento en el que la mayoría de estos son conscientes del deterioro general del país. En este punto habría que hablar también de la manipulación de cifras y de datos que hablan de la recuperación del empleo, cuando la realidad es que esta bajada momentánea y dudosa se debe más bien a la salida forzosa de numerosos jóvenes, y no tan jóvenes, que tienen que asumir su condición de inmigrantes en otros países en los que no es oro todo lo que reluce.

El que miente se vale de las ambigüedades del lenguaje y es aquí donde entra en juego la sospecha, postulada por Nietzsche, y según la cual siem-

pre tenemos que estar alerta frente a aquellos conceptos considerados como muy firmes. Palabras como austeridad, pensiones impagables o elevado gasto social son repetidas hasta la saciedad, persuadiendo al crédulo ciudadano de que algo de culpa tendrá en ello. ¿Cómo es posible que haya calado tan profundamente el mensaje de que estamos en un momento de austeridad en el gasto público, cuando en realidad este es más elevado que nunca por las ayudas destinadas a la banca? Incluso entre las organizaciones de izquierdas se habla de austeridad y no de que el dinero destinado a fines sociales se esté despilfarrando en el “rescate” de las grandes empresas españolas. Es en este punto en el que Hannah Arendt habla de la “conspiración a plena luz”.

“ Parece inconcebible que en una sociedad en la que existe la libertad de expresión y en la que cada vez tenemos más medios para ejercerla los ciudadanos no puedan conocer la verdad. ”

Esto es, parece inconcebible que en una sociedad en la que existe la libertad de expresión y en la que cada vez tenemos más medios para ejercerla los ciudadanos no puedan conocer la verdad. De ahí que se culpe al exceso de medios de persuasión, cuando en realidad es el propio ciudadano el que tiene el problema de no saber seleccionar los medios y de enterarse de la desagradable realidad que ahí asoma entre bolsas de basura. Está claro que la mentira en la comunicación es una expresión de algo inventado para negar la realidad. Un ejemplo claro se ve en el comportamiento del político que reelabora la realidad que lo rodea al decir que el gasto social en España es muy alto, cuando en realidad el gasto se está destinando a salvar a grandes constructoras y a bancos, que en un sistema verdaderamente liberal, que ellos dicen defender, se habrían dejado caer. Los medios de comunicación tra-

dicionales son partícipes del engaño y de la mentira al publicar titulares como el aparecido en el diario *El País* el día quince de noviembre, en el que se alude a que “el 57,5% de trabajadores públicos cobra más de 2.095 euros brutos al mes”. Inequívoco intento de persuadir al lector de que los funcionarios ganan demasiado y de que por tanto es justo y conveniente rebajar su sueldo.

En nuestra vida cotidiana recurrimos a pequeñas mentiras que apenas tienen repercusión y que rara vez descalificarían al hablante. Algunos las decimos sin más. En esta línea, podemos argumentar que nos valemos de la mentira para adornar y perfilar anécdotas personales. Es también cuestionable que los errores involuntarios puedan ser considerados como mentiras. Errar es algo consustancial al ser humano y también fuente de aprendizaje. Cuando una persona comete un error, lo normal es excusarse o pedir perdón. El problema aparece cuando se intenta camuflar el error mediante la mentira o al revés, usar el error como pretexto para algo que supone engañar al prójimo. Tal y como demostró José Ignacio Wert hace unos días cuando cometió un “error”. El Ministro de Educación achacó a un recorte presupuestario de la Comisión Europea el futuro recorte en las becas que recibirán los estudiantes de Erasmus en el próximo curso. Acción que fue calificada como “basura” por parte de dicha Comisión. Otro ejemplo sería el del error de cálculo estimado en diez mil millones de euros que aparecía en los presupuestos generales del Estado para 2014 o las vanas disculpas de Goldman Sachs por sus malos augurios para España, entidad que ahora asegura que “ya se empiezan a ver los frutos de nuestros esfuerzos”. Ante una información manipulada de estas características, cabría preguntarse: ¿fueron voluntarios?, ¿es un esfuerzo quedarse sin trabajo?

También podemos considerar como engaño las falsas promesas electorales. Frases como las siguientes fueron anunciadas unas semanas antes de las elecciones por Mariano Rajoy: “No

recortaremos en pensiones, en educación o en sanidad”; “no pienso dar un solo euro de dinero público a la banca” o “el rescate no afecta en absoluto al déficit público”. El interlocutor que formula estas frases engaña cuando oculta el deseo previo de alcanzar el poder. Hay que destacar el hecho de que el emisor que quiere engañar a un receptor maneja un grado de información superior a este último, al que en muchos casos le es desconocida, y así manipularlo para llevarlo a su terreno. Hay que advertir que estamos ante un acto constatado que el oyente puede creer o no creer y es aquí donde la sospecha de Nietzsche vuelve a aparecer.

“ Es mucho más fácil taparse los ojos y seguir actuando como si nada pasase. ”

No hay que confundir la mentira con la autocensura o con lo políticamente incorrecto. La autocensura sería más bien un engaño, que uno mismo realiza en su beneficio. Se habla mucho de las graves consecuencias del discurso de lo políticamente correcto imperante en nuestra sociedad. Cuando en realidad es más grave la autocensura, que es una de las causas de este tipo de discursos. Es mucho más fácil taparse los ojos y seguir actuando como si nada pasase. ¿Quién podría criticar esta actitud cuando es necesaria para poder progresar en tu carrera profesional y en algunos círculos sociales?, ¿no es la autocensura uno de los males de nuestros días? Quizás esta sea más efectiva, y por tanto más grave, que la mentira y el engaño. Este sería el patético caso de Canal 9. Sus trabajadores sólo dijeron la verdad una vez que perdieron su sueldo y con él la obligación de obedecer a quienes les pagaban con dinero público. ¿Habría sido conveniente rebelarse ante unos superiores que exigían el engaño?, ¿habrían recibido más apoyo social en tal caso? Las verdades a medias a veces tienen sus riesgos...